

Opinión

EL FARO

El día que mataron a Martin

César Vidal



Hace mucho tiempo que llegué a esa peculiar situación en la vida de un ser humano en que no sé cuáles son mis obligaciones para el día siguiente, pero recuerdo con notable nitidez sucesos acontecidos décadas antes. Entre ellos se encuentra el día que mataron a Martin Luther King. Fue en abril de 1968 y en la España de entonces, lo llamaban Martín Lu-

tero King no sé si para infamar al personaje vinculándolo, correctamente por cierto, con uno de los dirigentes de la Reforma protestante del siglo XVI o simplemente porque aún era costumbre hablar de Jorge Washington o Guillermo Shakespeare. El sentimiento general era que alguien que pretendía acabar con la discriminación que sufrían los negros tenía que acabar mal y que, al fin y a la postre, le había pasado lo mismo que a los Kennedy. La diferencia, que yo no llegué a percibir hasta la adolescencia, residía en que M. L. King era mucho más sólido en sus planteamientos que los hermanos asesinados y, por añadidura, la base de su conducta era una mezcla prodigiosa de los principios de Jesús y la táctica política de Gandhi. Con dieciocho años –era yo un joven universitario dispuesto a ir a prisión por ser objetor de conciencia– la lectura de «La fuerza de amar» de King me causó una impresión casi religiosa. Descubrí conmovido que aquello que había escrito –y practicaba– King era lo que yo creía con todo

mi corazón sin siquiera saberlo. Pero King era un bautista negro del sur y yo vivía en esta parte del mundo. En el curso de los años siguientes, descubrí con desaliento que en España había pocos seres más agresivos y violentos que aquellos que pretendían que actuaban de manera no violenta. De todo se aprende. También fui enterándome de que King no había sido ejemplar en otros aspectos de su vida. Íntegro e insobornable, desinteresado y valiente, creyente e interesado en la justicia, lo fue, sin duda. Era lo que se habría esperado del hijo de un pastor evangélico que era además doctor en Teología. También resultó un mujeriego impenitente además de estar casado y tener varios hijos. Como diría Billy Wilder, nadie es perfecto. Sin embargo, él se acercó mucho a esa perfección y en el empeño perdió la vida. Criticado, insultado, censurado, hoy nadie puede cuestionarlo ni negar sus éxitos. Dejó el mundo mejor de cómo lo había encontrado. Basta con recordar cómo era, el día que mataron a Martin.

Él se acercó mucho a esa perfección y en el empeño perdió la vida

LAS CARAS DE LA NOTICIA



Ana Botella
Alcaldesa de Madrid

↑ Participó ayer en el homenaje a los seis millones de judíos asesinados en el Holocausto en el Parque Juan Carlos I. Ana Botella mostró el «compromiso» del Ayuntamiento contra «toda expresión de intolerancia contra el pueblo judío».



Juanma López
Hermano del ex jefe de ETA «Thierry»

↓ El hermano de «Thierry», el etarra fallecido la semana pasada en un hospital de París, calificó su muerte de «asesinato político». La familia echa mano de la demagogia proetarra para no admitir la verdad: falleció de enfermedad.



Leopoldo Barreda
Diputado vasco del PP

↑ Afirmó ayer que el escrache anunciado por Stop Desahucios Vizcaya contra su persona para esta semana no va a modificar su voto y advirtió de que se trata de una «coacción y un comportamiento antidemocrático». Una reacción valiente.



Nicolás Maduro
Presidente «encargado» de Venezuela

↓ «Yo sí tengo mujer, oyeron, me gustan las mujeres». La frase de Maduro, dirigida al candidato de la oposición, Henrique Capriles, es una muestra del tinte homófobo que ha adoptado el chavista contra su contrincante. Una actitud que le descalifica.



Jérôme Cahuzac
Ex ministro de Presupuesto de Francia

↓ Cahuzac, que dimitió tras confesar una cuenta en Suiza con 600.000 euros, intentó al parecer depositar quince millones de euros en 2009 en un banco de ese país. Cada semana, un escándalo golpea la estabilidad del Gobierno de François Hollande.

EL SUBMARINO

Movida en el poder municipal

La demagogia prima en política. Contra todo pronóstico, en un feudo popular histórico como Castilla y León, hay dirigentes socialistas que no se paran en barras. Hete ahí al flamante alcalde socialista de Segovia, Pedro Arahuetes, volcado en la campaña de los desahucios. Él, que almuerza muchos días en lujosos locales de la capital segoviana, con prebostes de las entidades financieras, ha lanzado una proclama para que las cajas castellano-leonesas no ejecuten las hipotecas pendientes. Convoca también a otros ediles de tierras colindantes, y parece que se lleva muy bien con Elena Valenciano, una de sus protectoras. Debería el PP estar atento, porque sobre uno de sus graneros de votos empieza a articularse una alternativa de izquierdas basada en el poder municipal. Donde creen que todo está ganado.

EL PURGATORIO DE LOS DÍAS

Republicanismo de peluche

Martín Prieto



Durante la Transición se cometieron muchos errores de vértigo histórico. Por miedo a los independentistas se taraceó un Estado autonómico de café para todos que ha dado en el deshilachamiento nacional de hoy, y por temor no se calzó la Constitución con un referéndum previo sobre la forma del régimen que hubiera sido ampliamente favorable a la Monarquía juancarlista. La horripilación de otra guerra civil solapó el repeluzno a un refrendo republicano que no hubiera sido. Enrique Múgica y Javier Solana censuraban en «El país» los alegatos de Antonio García Trevijano, para luego echarme la culpa a mí, y es que una tercera república sólo anidaba en el almarío de

la caverna, del llamado búnker. Tal como ahora mismo. El republicanismo español nunca fue de masas. En 1873 los republicanos salían de los comités y de las sociedades de amigos del país, y en 1931 del revolucionarismo soviético, anarcosindicalista y fascista. Hoy el republicanismo es una enfermedad oportunista que medra en el caos moral de la nación y no puebla ni en los ateneos. Jorge Vestrynge regenta un chiringuito bolivariano pero cuando pidió ingresar en el PSOE, Alfonso Guerra dijo que para cuando las ranas criaran pelo. El franquista Miguel Ángel Revilla que iba en taxi a La Moncloa cargado de anchoas y sobaos, hoy convertido en telepredicador, carga contra la Infanta en apuros y afirma muy suelto de cuerpo que la evasión fiscal cubriría nuestra deuda y evitaría los recortes. De peluche. La desconfianza es libre, no se ha ido del cuerpo, y por grima no hay tejido social ni para abdicación ni república, aunque la popularidad de las instituciones y sus figurantes esté en ascensor, subiendo y bajando como la prima de riesgo. Para cultivar champiñones hay que alfombrar de bosta una cueva y tatarla: mucha mierda y

La desconfianza es libre, no se ha ido del cuerpo

nada de luz. La crisis extendida a centenares de casos judiciales eternizados ha hecho brotar el hongo que comienza a resultar alucinógeno. Para propiciar, precisamente ahora, llevar a la rojigualda el morado del pendón de Castilla, hay que haberse indigestado de tortilla de champiñones, y de postre, peyote.